



Mo Yan o la prescripción para escribir crónicas

El mérito de leer una crónica no está en el hecho noticioso mismo, es el estilo y la manera cómo se narra los que perduran y dejan una huella en el lector.

Escribe: Alonso Dominguez - Docente de Lengua y Literatura

Fotografía: Grecia Rodas - Estudiante de Comunicación Audiovisual en Medios Digitales

Es llamado el Gabriel García Márquez chino, célebre por su fascinante manera de contar lo usual, lo humano, lo bello. Su narrativa revela una sensibilidad clara y formidable: la de un ser que ha vivido el olvido y la carencia, pero que, aun así, tiene la dignidad y sabiduría para contárselos al mundo. Un solo relato suyo basta para entender que no existe pretexto para ver al mundo con desdén; sino más bien, que existen razones humanamente hermosas para darlo a conocer.

Los relatos breves de Mo Yan, ganador del Premio Nobel 2012, no solo son un elixir para nuestra ansiosa o acacida existencia. No, constituyen una gama de oportunidades para aprender a contar con gracia y maestría lo que parece ordinario y que, a veces, se contempla de forma insulsa. La vida sencilla y cotidiana, aquella que nos hace buscar una forma de ganarnos la vida, la misma que nos hace abandonar a nuestros hijos, esa misma es el manantial del cual se nutre este magnífico escritor para crear una historia fascinante. Esos mismos hechos, que pueden ocurrir en un remoto distrito chino o en la esquina de nuestro barrio, son la fuente para todo comunicador, más si su propósito va más allá de brindar información.

La crónica, por ejemplo, es un cálido formato que permite narrar con agilidad y belleza aquello que suele ser calificado como trivial y hasta suele ser comunicado burdamente. El mérito de leer una crónica no está en el hecho noticioso mismo (que lo determina la intención del comunicador), es el estilo y la manera cómo se narra los que perduran y dejan una huella en el lector. Una persona puede enterarse de un acontecimiento si lee una noticia; pero, no puede disfrutar y al mismo tiempo enterarse como lo haría a través de una crónica ágil y amenamente escrita.

Sin un propósito más que literario, Mo Yan muestra que lo

próximo, y muchas veces inadvertido, debe ser motivo de una reflexión, de un acercamiento. ¿Cómo lo hace? Mediante sus cuentos, historias que pueden hacerte cuestionar hasta tu propia manera de vivir. Te pregunto: ¿Harías cualquier cosa por divertirte? Imagina que eres despedido luego de toda una vida de trabajo honorable y eres tan viejo que no consigues empleo alguno. ¿Cómo vivir y disfrutar de ello? (Shifú, harías cualquier cosa por divertirte). ¿Cuidarías a una recién nacida, huérfana de amor y patria, si la encontraras llorando en medio del campo, bajo el inclemente sol? ¿Incluso si tu esposa solo anhela “el varón” y hace todo lo posible por que renunciés a tu altruista esfuerzo? (Niña abandonada). ¿Escaparías volando para no sucumbir ante el amor y el destino, incluso si te brotaran alas como lágrimas de esperanza y consuelo? (Volando). ¿Vivirías los cambios con una sonrisa plena y sincera? Si solo tuvieras como opción la militancia política y en el devenir de tus días descubres que hay más de una historia parecida a la tuya ¿Cambiarías esa vida? Nuestro deber no es contestar esas preguntas; lograr que el lector se las formule sería nuestro objetivo, sobre todo si con ello logramos que se fije más en las personas que lo rodean, que mire más allá de su trabajo, de sus deudas y de su familia.

Mo Yan, maestro entre maestros, nos demuestra que lo usual, lo cercano, puede ser visto y expresado con belleza. La estética, entonces, es un bien indispensable para todos aquellos que gravitamos en el ámbito y la necesidad de comunicar. ¿Qué nos queda si pretendemos llegar a la mente y al corazón de otros? ¿A qué aspiramos quienes vivimos de la palabra y su fuerza comunicativa? Solo a expresarnos con el ingenio y la belleza suficientes como para no ofender y menospreciar a nuestros lectores con un lenguaje ordinario, pariente cercano de la prensa de bajo calibre.